

La triunfante columna, una vez levantado el campo¹ y sepultados los muertos de los republicanos se retiró á Acayúcam, y de allí, por orden superior, á Tlacotalpam los de "Zaragoza y del "2º Activo," regresando á los Tuxtlas los guardias de ese Cantón, que dejaban sepultado en el terreno donde había sucumbido, á su jefe lleno de gloria y de honor.

Ocho días después, cañoneras, soldados y todos los particulares que habían tomado parte en la cuestión política, abandonaron á Minatitlán, que no pensaron ocupar por tercera vez.

El General García, con arreglo á las leyes de la guerra, hizo confiscar los bienes de los que habían auxiliado al enemigo, nombrando un interventor que pasó á Acayúcam con tal objeto: sus productos se aplicaron al sostenimiento de las tropas y á indemnizar á algunos que habían sufrido en sus intereses á causa de la persecución que se desató contra ellos, siendo de notar que el comercio extranjero de Acayúcam fué el que tomó una parte más activa en esos acontecimientos.

Así terminó la segunda y última intentona de ocupación contra Acayúcam y Minatitlán, donde desde entonces hasta el fin de la campaña reinó siempre el principio republicano y el odio al titulado Imperio y á los que lo sostenían para baldón de la historia nacional.

¹ Una pieza de montaña, carabinas, sables, parque, una pistola y varias cruces condecorativas, con más, una "culebra" conteniendo una regular suma de dinero en oro, fué el botín de guerra, habiéndose entregado todo al General en Jefe.

TLACOTALPAM.

Ataque é incendio del campamento de "Conejo."—Abandono de la ciudad de Tlacotalpam.—Rasgo de lealtad y valor.—Sorpresa de "San Jerónimo."—Encuentro del "Puente García."—Maréchal incendia las fincas hasta "Boca de Acula."—Robos en Tlacotalpam.—Arribo de una cañonera á Cosamaloápam.—Retirada de los invasores.—Reocupación de Tlacotalpam por los republicanos.—Fusilamientos.—Llegada de las fuerzas de Comatlán.—Entusiasmo público.

I

TERMINADA la campaña de Minatitlán tan desastrosa para las armas imperiales, el enemigo se mantuvo sin dar señales de vida por algún tiempo, y la confianza en la línea militar de Sotavento llegó á tal grado, que podía creerse que había desistido de ocupar esta parte del territorio nacional, donde hasta entonces no había podido domeñar ni el patriotismo de sus hijos ni el valor de los soldados de la República que lo defendían.

Todo parecía, pues, tranquilo. Las comandancias militares de los Cantones estaban encomendadas á Jefes de confianza; y si se exceptúa el de los Tuxtlas que fué relevado el 22 de Abril para incorporarse al Estado Mayor del General en Jefe, los demás permanecieron en sus puestos con beneplácito de todos los pueblos.

Preparábanse, sin embargo, grandes movimientos por parte del enemigo, que no perdía de vista el punto objetivo, teniendo como base de operaciones á Medellín y Alvarado,

desde donde vigilaba atento y sabía cuanto en la costa pasaba.

El Coronel Maréchal, Jefe de la "Legión Extranjera" y Comandante Superior en Veracruz, intentó cambiar la faz de los acontecimientos por la vía diplomática, y al efecto dirigió una carta bastante lacónica al General García, en la cual, en resumen, lo invitaba á reconocer al *soit disant* Imperio, con todos los jefes, oficiales y tropa de su mando, ofreciéndoles la protección del monarca que por esa época había sido proclamado por los traidores, para satisfacer los deseos del autócrata francés, y que se encontraba en camino para México, su *nueva patria adoptiva*. La tal carta terminaba con una proposición más infame todavía: el ascenso inmediato como premio á la traición; pero ahora, como en la época del Coronel Lazcano, á quien también se hizo igual invitación, según se recordará, una negativa enérgica y patriótica fué la contestación al mal caballero que en tan poca estima tuvo el honor de los mexicanos que habían jurado defender á la madre patria.¹

II

En las primeras horas del día 9 de Julio (1864) en el portal de una casa, sita en la calle de la "Sabana" al extremo Norte de Tlacotalpam, cuatro oficiales departían á media voz: parecían preocupados, y el de mayor edad, que también lo era de graduación, se quejaba amargamente de la negligencia del General en Jefe, á quien uno de ellos le había comunicado en la noche anterior, noticias que recibiera de su padre, establecido en Medellín.

¹ Después de la rendición de Oaxaca una tercera invitación fué hecha al mismo General García, no ya por el jefe de las armas de aquella capital, sino por uno de tantos ilusos que aceptaron el Imperio, deslustrando su hoja de servicios de épocas anteriores. Un abogado de nombradía fué el portador de la carta dirigida al patriota General, y tuvo que salir de Tlacotalpam casi en són de fuga.

—Es triste—decía—que el General sea tan confiado, y que dé oídos á personas que maldito lo que se preocupan por los asuntos públicos, pues sólo atienden y van á sus negocios particulares: ningún caso ha hecho del aviso que X..... y yo le hemos dado anoche.

—Cierto,—contestó X....—pero eso no quita que nosotros no nos preparemos: sobre todo yo, que, como vdes. saben, tengo la orden de presentarme, *montado*, en el Cuartel General, á la primera noticia ó indicio que haya respecto del avance del enemigo. El conducto, y pudiéramos decir, *los conductos*, por donde he sabido que probablemente debemos ser atacados de hoy á mañana, no pueden ser más seguros; pero lo he ocultado al General por temor á una de sus ligerezas ó indiscreciones, en cuyo caso mi padre sería la víctima inmediata.

En efecto, la noche anterior había recibido el Capitán X... aviso secreto, por medio de un sirviente de su casa en Medellín, de que el enemigo saldría un día después, formando una fuerte sección de las tres armas con dirección á Alvarado; y por una rara coincidencia, un comerciante de Veracruz, cuya familia residía en Tlacotalpam, que había podido pasar la línea enemiga, llegando esa misma noche á esta población, daba la misma noticia, bajo reserva, á los cuatro amigos que vivían pared por medio de su casa. X....., en unión del Comandante Güido, dió aviso de todo esto, reservándose los nombres de los que daban la noticia, al General en Jefe; pero éste, con una confianza que nada justificaba, se contentó con responderle en tono de profunda convicción:

—¡No hay nada! Pueden vdes. retirarse á descansar, que si algo se intenta, ya lo sabremos por mis agentes particulares con toda oportunidad.

Güido y X..... se retiraron bastante disgustados; y en la mañana del día en que comienza este episodio, comunicaron lo que ocurría á los Capitanes Rodríguez y Porrugas; y como vivían en familia y carecían de asistentes, porque una orden del Cuartel General los había suprimido, ellos mismos se

dispusieron á preparar sus caballos para estar listos á todo evento.

A la sazón que hablaban del próximo ataque, un muchachuelo que andaba pidiendo limosna para la iglesia con una pequeña efigie de plata colocada en una bandeja del propio metal, se acercó á ellos en solicitud de un donativo.

—¿Quieres ganarte un real para tí?—le preguntó Porrugas sin hacer caso de su demanda.

—¿Cómo?—replicó el rapaz, abriendo los ojos con codicia.

—Llevando estos caballos al río.

El muchacho se quedó perplejo un momento.

—¿Y dónde dejo mientras *esto*?—volvió á preguntar, señalando la encomienda.

—Aquí, en el corredor: nosotros lo cuidaremos mientras.

—¡Eso sí que no!—exclamó aquel tunantillo, retrocediendo paso á paso—vdes. son guerrilleros..... El Cura! lo dijo en mi casa.

Y pasó de largo, no sin volver la cabeza para ver á los oficiales.

El Capitán Rodríguez le lanzó un puntapié que por fortuna le alcanzó, y el Comandante Güido le dió un recado para el Cura y para su familia, que de seguro no les dió.

X..... y Güido llevaron los caballos al río que estaba á unos doscientos pasos de distancia, mientras Rodríguez y Porrugas se entraron á la casa para prepararles el almuerzo.

III

No había transcurrido un cuarto de hora, cuando se hizo oír un cañonazo, rumbo de "Conejo," sucediéndose dos ó tres más á cortos intervalos.

1 Llamábase este sacerdote D. J. Castro, y era vizcaíno: en el fondo era un pobre hombre, respetable más que por su carácter sacerdotal, por su edad, pues era hombre que frisaba en los 70 años. Era enemigo de los liberales, y para él no había más que el *rey*. Cuando se supo en Tlacotalpam la proclamación de Maximiliano como Emperador de México, se permitió predicar en la parroquia contra el Gobierno republicano y las Leyes de Reforma de una manera necia y tonta, valiéndole un arresto de dos meses en "Conejo."

—¡Ya sucedió!—prorrumpió Güido, haciendo salir del río los dos caballos que tenía á la mano.

—Las diez en punto.—Agregó X.... consultando su reloj.

Y siguiendo el ejemplo de su compañero, prosiguió diciendo:

—Ahora no dirá el General que no hay nada..... Lo que se puede sentir—continuó ya en marcha y con un tono que dejaba traslucir su disgusto—es que no tenemos en el campamento fuerzas suficientes, ni están prevenidos, ni existe ya en él la disciplina que antes. ¡Quiera Dios que de ésta no nos lleve el diablo á todos!

Y silenciosos y cabizbajos apresuraron el paso regresando á toda prisa á la casa, donde ya sus compañeros esperaban, después de haber sacado las monturas para ensillar. Cada cual tomó la que le correspondía, y momentos después el Capitán X..... se dirigía á toda rienda á la Comandancia General.

—¡Aprisa, Capitán!—le gritó el Jefe principal apenas vió que llegaba.—¡Corra vd. y tráigase violentamente la Guardia Nacional de San Jerónimo! ¡Lo espero pronto!

El Capitán siguió de largo sin moderar el galope de su caballo, desapareciendo á pocos instantes que hubo pasado el "Puente García."

Aquel cañoneo sorprendió lo mismo al General en Jefe que á los demás jefes y oficiales; al Comandante militar lo mismo que á toda la población. Nadie tenía noticia de aquella inesperada invasión, y el terror se apoderó de las familias, las que desde luego comenzaron á hacer sus preparativos para emigrar, llegado el momento decisivo. El General García estaba inquieto, desesperado: él mejor que nadie sabía cómo estaba guarnecido el campamento; y aun cuando ignoraba si el ataque se efectuaría por el río, comprendía que lo fuera también por tierra para tomar la retaguardia: esto no se podía escapar á la penetración del más ignorante en materia de asuntos de guerra, y de ser así, lo más probable era que nos derrotaran, pues allá se carecía de tropas en número suficien-

te para defender el punto de un doble ataque que el enemigo emprendería á la vez. Recordó entonces el aviso que le habían dado sus ayudantes la noche anterior, y sus dudas se tornaron en convicciones.

La calma que de ordinario reinaba en la población se trocó en un verdadero desorden y la más completa confusión: en las casas, en las oficinas, en la Comandancia General, en el Palacio Municipal, todo eran carreras y preparativos de marcha para abandonarla: equipajes, archivos, muebles, parque, armamento, caballos de mano..... todo era conducido en tropel al muelle, ó en dirección al camino de Amatlán y haciendas y rancherías inmediatas; y las piraguas y canoas, grandes y pequeñas no eran suficientes para cargar cajas, tercios y envoltorios acumulados ya sobre el mismo muelle, ya en la ribera ú orillas del río. Había poca distancia para llegar al pánico, é imposible era calmar la excitación que reinaba: como nadie tenía el menor antecedente sobre los sucesos que tan inopinadamente se presentaban, se hacían toda clase de comentarios y suposiciones absurdas, abultadas por el terror que dominaba en todos. En el fondo, de una manera mental, todos acusaban á García de sobra de confianza, invirtiendo el tiempo en comilitonas y paseos que le daban sus amigos, y de falta de previsión abandonando casi por completo á los defensores de "Conejo."

Desgraciadamente había motivos de sobra para dirigirle semejantes cargos.

El Comandante Militar Villalobos reunió á los "Cordilleras," ginetes destinados exclusivamente á *correr* las comunicaciones del Cuartel general, pero del todo inútiles para cualquiera clase de servicio en el orden militar. Además, tanto Villalobos como ellos, se habían impresionado más vivamente que el mismo General en Jefe, y en aquellos momentos ni con él, ni con sus subordinados se podía contar para nada.

El cañoneo seguía nutrido y violento sobre "Conejo" y la consternación aumentaba á cada nuevo disparo que se escu-

chaba, particularmente entre las mujeres y los pusilánimes, que recorrían las calles tratando de inquirir noticias que nadie les podía dar.

La poca fuerza de Tlacotalpam que estaba en servicio permanecía en su cuartel sobre las armas en espera de órdenes. Se despachó un correo para Cosamaloápam previniendo á la autoridad militar que en el acto movilizara la Guardia Nacional del Cantón, y otro á la de Minatitlán para que el batallón "Zaragoza," á marchas forzadas, se dirigiera á San Nicolás," desde cuyo punto participaría su llegada el Teniente Coronel D. Emilio Alvarez Markoe que lo mandaba. Un tercer correo partió para Oaxaca, dando parte de lo que ocurría al General D. Porfirio Díaz, Jefe superior del territorio libre de los Estados de Veracruz, Oaxaca y Puebla.

Además, se le pedían refuerzos de tropa, pues se creyó que aquel ataque obedecía á una combinación con otros, y era conveniente reunir todos los elementos de defensa con que pudiera contarse. La Guardia Nacional de los Tuxtlas marchó para Acuyúcam, y unidas las de ambos Cantones defenderían la parte oriental de la costa de Sotavento.

IV

Dos horas habían transcurrido desde la partida del Capitán X..... cuando regresó acompañado de medio centenar de hombres armados, que constituían la compañía de "San Jerónimo."

El General en Jefe dispuso que en el acto se embarcaran unidos á los de Tlacotalpam para ir á reforzar la guarnición de "Conejo;" y aunque tanto el mismo Capitán como el Coronel D. Manuel Gómez y el Comandante Güido, le hicieron presente que era fuera de tiempo el envío de esa fuerza, que sólo iría para aumentar el número de víctimas en el caso de que pudieran llegar, el General insistió, y los guardias se em-

barcaron en dos grandes piraguas, tomando la dirección del campamento.

Dejóse sólo una compañía de infantería y la escolta del Cuartel General para cubrir la retirada, si, como era de creerse, teníamos que emprenderla, ordenándose al Capitán X.... que marchara al "Esterillo" acompañado de dos "Cordilleras," para que observara los movimientos de las cañoneras francesas, dando aviso según lo estimara conveniente.

Al Capitán D. Teodoro Ehlers se le comisionó para observarlas también desde la torre de la Parroquia, acompañándolo otro oficial para comunicarse con la plaza en vista del resultado de sus observaciones; y por último, la orden del día declaró que quedaba el despacho del Cuartel General en el "Hotel Porrugas," y que una guardia de infantería cubriría la entrada del camino á la salida de "los Melonares," quedando prohibido el paso para todas las personas que no llevaran un permiso especial del Comandante militar.

Cuando el cañoneo era más vivo y más intensa la alarma en la población, cesó aquél repentinamente. Divisábase allá á lo lejos una espesa y negra humareda, y el Capitán Ehlers bajó de su observatorio comunicando á gritos que uno de los buques había sido incendiado por los fuegos de "Conejo;" y muchas personas que en tropel subieron á la torre de la Parroquia y á la de la capilla de "San Miguel" confirmaron la noticia, agregando "que las llamas llegaban hasta la montaña."

Así explicaban el origen de la humareda.

El General García con esa volubilidad que le era ingénita, y que en muchos casos hacía que la decepción fuera más dolorosa y cruel, acogió la noticia sin reserva alguna, sin reflexionar un momento que aunque aquello era posible en otras circunstancias, dados nuestros elementos ofensivos en "Conejo" la noticia tenía mucho de inverosímil, de poco factible; y vivas, y dianas, y felicitaciones entre las gentes crédulas y sencillas, y aclamaciones y bravatas por mayor entre los va-

lentes de cantinas ó de cafés, atronaron el aire por breve espacio. Se celebraba un triunfo que no habíamos alcanzado, para hacer más triste la derrota que habíamos sufrido.

En esos momentos de loca expansión, llegó el Capitán X... bañado en sudor su caballo y revelando tristeza en su semblante.

—¡General! ¡Todo se ha perdido!—exclamó, desmontando vivamente y entregando su caballo á uno de los cordilleras.

—¡Los franceses han incendiado el campamento!

—¡Imposible!—le interrumpió el General en Jefe, poniéndose densamente pálido.—¡Es una cañonera la que arde.....! Todos lo han visto desde la torre.

—¡Pues han visto mal, mi General:—prosiguió el Capitán con visible mal humor.—Yo no vengo de la torre: yo vengo del lugar de los sucesos, á lo ancho del río solamente, y lo repito: "Conejo ya no existe."

Como se recordará, el Capitán X..... fué uno de los fundadores del campamento y esto explica bien su tristeza y su mal humor.

El desaliento cundió de nuevo con doble influencia al oírse las palabras de X..... y desde ese momento la población fué tomando ese aspecto vago y lúgubre que precede y sucede á los grandes acontecimientos que afectan la moral y la tranquilidad públicas de una manera dolorosa.

La triste noticia había sido ratificada por el Teniente Coronel D. Pedro González, Ayudante del General Cuellar, y en comisión en Tlacotalpam, quien había acompañado al Capitán X..... en su peligrosa comisión.

V

Veamos lo que había sucedido.

La noticia comunicada al Capitán X..... desde Medellín era exacta en todos sus detalles.

La escuadrilla de Alvarado fué reforzada con dos buques

más y un bote-correo de vapor, conduciendo á bordo trescientos egipcios, á la vez que por tierra llegaba á aquella población el Coronel imperialista Figuerero con la caballería que mandaba. Así, pues, "Conejo," al mismo tiempo que sería bombardeado por el río, sería atacado por tierra.

Pero no era ya aquel campamento que antes hemos conocido. Ya no había allí aquel espíritu militar que hacía que cada día se intentara algo extraordinario para luchar contra el enemigo tan superior en número y en elementos de guerra. Aquellas intenciones desesperadas que se hicieron para apoderarse de alguna de las cañoneras no se volvieron á repetir. Nadie se acordaba ya de construir *torpedos* improvisados para volar al buque que pasara bajo los fuegos de "Conejo," como el que estableció Zamudio, construido con un cuñete de pólvora, forrado como una bomba, que puso á flote entre dos aguas, y que al comunicarle el fuego al pasar "La Tempette," si bien no dió el resultado apetecido, sí dió á conocer al enemigo contra qué gente luchaba: no se volvió á establecer la cadena¹ que días después se cruzó de una á otra orilla del río con cables y lingotes para ver si era posible enredar en ella la hélice de la cañonera y pasarla por ojo con la artillería mientras procurara desenredarse de la cadena. No: había desaparecido el valor moral del campamento; y si los franceses adoptaron la medida de guarnecer las cofas y la casilla del timonel con láminas de hierro, fué á consecuencia de que, meses antes todavía, la infantería del campamento había causado bastantes bajas desde las alturas entre los tripulantes que iban sobre cubierta y los vigías que estaban en las cofas de los mástiles.

Amén de que en el campamento sólo existían las dos compañías del "2º Activo" y algunos guardias nacionales de Tla-

1 La cadena, lingotes y cable que sirvieron para cruzar el río, pertenecían al salvamento del bergantín español "El Pablito," que quedaron en "Conejo" por no haber sido posible su venta en la almoneda que tuvo lugar para los demás efectos salvados.

cotálpam, la batería de artillería que mandaba el 2º Ayudante Redondo, y alguna poca caballería de los alrededores, la disciplina se había relajado extraordinariamente desde el momento que haciéndolo accesible á toda clase de gentes, y pudiendo penetrar en él aun mujeres de vida alegre, el juego, la embriaguez, y como consecuencia la deserción, fueron muy frecuentes entre la guarnición. Los jefes que allí mandaban, pundonorosos y valientes, no podían contener tales abusos, y en diversas ocasiones pidieron su relevo, que nunca les fué concedido porque había dificultad para reemplazarlos. No es decir que todos participaran del mal que se adolecía, pero los que no estaban contagiados se contaban en muy corto número.

La expedición franco-traidora emprendió sus operaciones en la mañana del día 9; y mientras las cañoneras llegaban al frente de "Conejo," Maréchal y Figuerero, con sus gentes, atravesaban el río en Alvarado desembarcando al pie del "Alto Limón," y seguían su marcha por la playa del mar; y cuando el vigía señalaba "escuadra á la vista," y las cañoneras se anunciaban por medio de sus bombas y granadas, los centinelas avanzados hacia la parte de tierra daban aviso de que el enemigo amaga la retaguardia.

El Jefe del campamento hizo formar las tropas, y en seguida, con la mitad de ellas salió hasta las primeras colinas que sirven de contrafuertes á la montaña; si hubiera permanecido allí para resistir, el triunfo habría sido seguro; empero poco experto en achaques de estrategia, y sin la experiencia suficiente, juzgó de buena fe la señal de "parlamento" que hicieron los contrarios, y avanzó para entrar en conferencias con ellos, haciéndose seguir de la mayor parte de sus fuerzas. Maréchal, una vez que supo que él no era el Comandante principal del punto, le manifestó el deseo de que se le apersonara, pues deseaba hablar con él. Zamudio llegó á poco después sin hacer caso de los fuegos de la escuadrilla, que juzgó im-

potentes por sí solos, sin comprender que se trataba de llamar la atención por dos puntos distintos á la vez, para debilitar la defensa del campamento. De la conferencia que tuvo con Maréchal, por medio de un intérprete resultó que regresara al campamento para reunir á la oficialidad y darle cuenta de lo que había pasado. Entretanto, Figuerero, mañoso y avezado á las grandes traiciones y deslealtades de los reaccionarios, en cuyas filas militó siempre, cuando hubo visto cumplido su deseo de atraer á los republicanos fuera de sus posiciones, y mientras conversaba con Díaz Lagos, hacía cumplir sus órdenes y la caballería describía un semicírculo envolvente, á retaguardia, de una manera pausada y sigilosa, protegiendo así á la infantería egipcia, que por la izquierda de nuestros soldados y con el mismo Maréchal á la cabeza, avanzaba hacia las primeras colinas abandonadas. El Teniente Coronel Díaz Lagos advirtió, aunque tarde, el movimiento traidor que se efectuaba y quiso volver sobre sus pasos, dando por terminado el parlamento, del cual se había desentendido por completo Maréchal: ya no había remedio: las tropas se encontraban encerradas entre un círculo de hierro, y cortadas por los egipcios que al momento rompieron sobre ellas un fuego asaz nutrido y mortífero.

No por esto se desanimaron los republicanos. Ordenada la retirada por Díaz Lagos, y mientras éste regresaba al campamento para traerse el resto de la fuerza, aquellos en el mayor orden posible y conducidos por oficiales bravos y aguerridos, contestaron los fuegos con no menos rapidez y bravura, escalonándose hasta recobrar las colinas perdidas. El Capitán Ripley, D. Otón, que iba á la cabeza, cayó atravesado por veinte balas á la vez, y el joven Capitán D. José M. Iglesias prosiguió entonces la retirada, teniendo que diseminar la fuerza porque lo abrumaba el número de los contrarios. En esos momentos todo era ya desorden en el campamento, sin que fuera posible á Zamudio ni á Lagos llegar en auxilio de los que estaban abajo, para batir á los egipcios por retaguardia.

Las cañoneras, después de hacer dos disparos sobre las cañas que conducían el refuerzo enviado de Tlacotalpam, obligándolas á refugiarse en el río de "Sombrerete," desembarcaron en "Conejo" parte de su infantería de marina para penetrar por ese lado en el campamento.

Los pocos soldados que rompieron el círculo de hierro y fuego que los estrechaba en la playa llegaron allí también totalmente desmoralizados; y uniéndose á sus compañeros de infortunio, aprovecharon el poco tiempo que les quedaba antes de ser batidos en la misma montaña sin tener salida por ninguna parte, para salvar lo poco que allí quedaba útil. Los artilleros, con los oficiales Rojano y Flores habían bajado con sus piezas al camino de "Punta de Arena," y éste fué el que siguieron muchos dispersos por disposición de Zamudio, quien lo mismo que Díaz Lagos quedó en las inmediaciones hasta la total ocupación de "Conejo," no sabiéndose con certeza si la incendiaron los franceses ó nuestros soldados, pues unos y otros se atribuyen el hecho.¹

Que los franceses lo ocuparon á viva fuerza es innegable, por más que sea doloroso confesarlo, puesto que dentro de él se encontraron los cadáveres de algunos soldados republicanos, y que por el mismo campamento efectuó su reembarque la infantería egipcia.

Lo cierto es que fuimos derrotados debido á la imprevisión del General en Jefe y á la falta de experiencia militar de los que allí tenían el mando superior; y que no lo habríamos sido, aun contando el enemigo con doble fuerza de la que llevó, si los nuestros se hubieran reducido á defenderse sin abandonar sus formidables posiciones, si se hubiera tenido caballería para disputar el paso en la playa del mar, y si el refuerzo que se mandó á última hora, se hubiera enviado la noche anterior.

¹ Esta relación fué hecha por varios de los oficiales y tropa que tomaron parte en la jornada, entre otros por el Capitán de caballería D. José Miguel Zamora, Ayudante del Teniente Coronel Zamudio.